

PQ4692

F3

V5

v.1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LAS VIAS DEL CORAZON.

RELATO DE AYER

I.

UNA SIMPATIA CASUAL.

El hecho de hallarse dos almas en el camino de la vida, y simpatizar mutuamente casi al primer aspecto, produce una cuestión admirable para los que inquieren los fenómenos interiores del hombre. ¿Las une acaso el flujo y reflujo del magnetismo? ¿Es fascinación de la mirada? ¿Es identidad de los espíritus semejantes? Difícil empresa responder adecuadamente: es uno de los cien ó mil misterios de la naturaleza, que, aun cuando existen, no se comprenden, por más que cien y mil veces se haya intentado explicar sus causas secretas.

Hallábase Julia tranquilamente sentada delante de una hermosa Virgen, en la ga-

010741

lería de cuadros del Museo de Nápoles. Tenía delante un caballete, y en él un pequeño bastidor blanco, del que pendía una chapa de marfil ovalada, donde se admiraba la copia de la Virgen en miniatura, en campo de oro puro, según la escuela bizantina. Concluido estaba el trabajo principal, y la joven (parecía tener unos diez y ocho ó diez y nueve años) retocaba ciertos detalles con gran cuidado: aquí marcaba mejor un contorno, y allá corregía un pliegue con esmero: en una parte mitigaba los colores demasiado vivos, y en otra encendía un rayo de luz brillante ó resplandeciente; unas veces daba un toque á un realce, y otras oscurecía un poco más los vestidos. Julia no pensaba sino en su obra: tenía su alma en el pincel. Una mujer anciana y grave, que no se movía de su lado, mezclaba sucesivamente las tintas, ó le iba entregando los colores, ó lavaba los pinceles; parecía estar para el decoro de la joven, y así era, en efecto.

Detrás de ella, ó, mejor, un poco aparte, se detuvo un buen rato una señora, evidentemente forastera, á juzgar por su traje y por su fisonomía; por sus ojos azules la consideraba cualquiera inmediatamente hija de Albión.

Mistress Ana Needle, llegada el día anterior á Nápoles desde Roma, se puso en movimiento á media mañana: con el ardor propio de los habitantes de su país, ansiando ver cosas lindas, habíase metido por la puerta de los estudios, dirigiéndose después á la galería de pinturas. Iban con ella dos muchachas hijas suyas, de las cuales la mayor podía tener unos diez años: la excelentemadre había dividido con equidad entre ambos las molestias del viaje, confiando á la una la bolsa de los panecitos dulces, y á la otra una cestita con el pequeño frasco y el vasito de plata. Había reservado para sí la pesante guía, encuadernada, por supuesto, en piel roja: con el amparo de su compañera leal, iba leyendo los números de las obras, y juzgando las pinturas según el juicio irrefragable consignando en el tomo.

Admiraba uno tras otro cada objeto, con igual desinterés é imparcialidad, mas cuando llegó á la Virgen, cuya copia estaba debajo, figuróse sin más razón que debía ser célebre por excelencia: como había dibujado, creyó de su deber estudiarla más reposadamente. Abrió para su auxilio el libro que llevaba bajo el brazo, sentóse, y sacó los *gemelos* de su funda. Pero ¡cosa

peregrina! por más que se procuraba elevar á las regiones del arte, sentíase ¡corazón de mujer! dominada por lo que el arte denomina realismo, no sabiendo en su virtud apartar la vista de la pintora. Fingía dirigir los *gemelos* á una y otra parte con el fin de ver las obras maestras que pendían de las paredes, y tornaba, sin embargo, á considerar el aire noble de aquella cabeza viva, como también su perfil correcto y gracioso, que atraía tanto más cuanto menos lo velaban postizos adornos. Julia, depuesto el sombrerito, dejaba sólo ver su cabello, cuyos abundantes rizos blancos se recogían bajo una pequeña toca blanca que se puso á guisa de velo: todo su traje descubría cierto descuido pudoroso, que alejaba de la joven la menor idea de las galantes coquetuelas que suelen dejarse ver en los museos y se dan aire casi de artistas consumadas. Este resplandor de ingenuidad mucho más se vislumbraba en su semblante y en sus ojos, completamente atentos á la obra, sin que salieran nunca de la pintura modelo, ó de la copia, casi concluida.

Mistress Ana comenzó á pensar y hacer conjeturas consigo misma:

—¿Quién sabe? Puede ser una pintora

de mérito; y aquella anciana, su madre... Podría comprar el cuadrado, y después de logrado, pedir la fotografía de la autora... Serían dos poéticas obras maestras que realzarían en Londres mi salón de invierno, así como un curioso recuerdo de Nápoles del cual hablaríamos con las amigas.—La viajera daba vueltas y vueltas á su pensamiento, aumentándose sus ansias y tiranizando el capricho su mente; se acercaba un poco á Julia, y retrocedía luego, como arrepintiéndose; se marchaba del salón, al que volvía perseguida y contrastada por su deseo, que no la permitía irse sin haber hecho antes alguna prueba. Acercóse por fin en actitud vacilante á la señorita, y al cabo de innumerables excusas, le preguntó en gerga itálico-inglesa si había hecho aquella miniatura por ser artista, ó por gusto. Julia, después de mirar á las niñas, que la contemplaban mientras su madre hablaba con ella, y después de distinguir por el conjunto de todas que tenía delante una dama principal:—He comprendido, contestó con una sonrisa; la señora tiene afición á las bellas artes, ¿no es verdad?

—Un poco; y este cuadrado de la Virgen me gusta extraordinariamente... con gus-

to... si fuese posible... Y mistress Ana no se atrevía casi á decir la frase.

—Hable, hable con libertad, replicó Julia, avergonzándose un poco de la proposición que adivinaba.

—Pues bien; me consideraría dichosa si pudiese adquirirlo por su justo valor

—Nada más fácil, respondió con desenvoltura la joven, sustituyendo al italiano el puro inglés; sólo que fijo á la obra un precio muy alto: me la pagará con una tarjeta suya de visita.

Asombrada la extranjera por la noble y pronta urbanidad de aquella joven amable, rechazó la oferta, se opuso, y dijo que no podía de ningún modo acceder. Julia, con la generosidad propia de su corazón tierno y gracioso, insistió, sacando al insistir del bolsillo una cartera miniada de marfil, de la cual extrajo una tarjeta jaspeada y con ondas argentinas, en la que se leía, "Julia de los Laureles;" ofreciéndola, dijo á la dama:—Adelante, cambiémos; el trato es provechoso y está concluido: ha hecho usted la petición, y estamos convenidas en el precio: *Madam* no se puede desentender.

La señora vió brillar encima del nombre de Julia una corona condal (exigía su padre aquel lujo); y más llena de asombro

aún, con la mayor confusión, dijo:—Aceptaré, ya que *milady* lo desea vivamente, pero es preciso que me permita cumplir mi deber, y darle las correspondientes gracias en su casa.

—Darme las gracias, no, *Madam*; sería demasiado; pero podrá favorecerme por pura gentileza, siempre, y con placer mio.

—Al decir esto, volvió á tomar la tarjeta, y puso debajo: "Chiaia, 29, primer piso." Después, mirando á la entregada por la señora, preguntó:—¿Está V. en la fonda de...?

—De la Sirena.

—Pues bien; en la Sirena recibirá la Virgencita. Poco me queda que hacer; con algunos toques quedará terminada. Saquéla de una copia, en casa, dándole aquí la última mano. Y si desea saberlo, la destinaba yo á mi padre en el día de su santo...

—Siendo así, dijo mistress Needle interrumpiéndola, no es posible...

—Hágame el favor; no piense más en ello: sobra tiempo para concluir una segunda copia, y se la daré á él; no sabría cómo pasar el tiempo mejor.

La viajera se halló cortada; con las ceremonias más gentiles que supo hacer se despidió de la noble pintora, dejando el museo,

en parte turbada y en parte alegre de su aventura. Aquel mismo día, poco antes de la hora del almuerzo, detúvose delante de la fonda de la Sirena un coche ostentoso, del cual salió un distinguido caballero anciano y una joven: eran el conde Octavio de los Laureles y su hija Julia. Admitidos por mistress Ana con las mayores demostraciones de honor, y no sin un poco de vergüenza, el conde, persona de la más exquisita educación, se puso á excusar á su hija, que por sus pocos años y por su imaginación exaltada, propia de artista, habíase atrevido á ofrecer á otros aquel trabajito.—En cuanto á mí, añadió el conde, no puedo quejarme, porque me proporciona lo sucedido la ocasión de añadir otro apreciable conocimiento á los varios adquiridos al otro lado de los montes.

Mistress Ana se deshizo en cumplimientos, acciones de gracias y elogios de la pintura, á que la joven acababa de añadir un hermoso cuadrado de ébano con adornos dorados, que adquirido había para su padre. La conversacion versó pronto sobre Inglaterra, sobre las bellas artes de Italia y sobre las ansias de ver cosas nuevas, siendo cordial, y durando más de lo que se suelen prolongar en las primeras visitas

de cumplido, En toda ella el recato y actitud de Julia, unidos á su hablar agradabilísimo, deslumbraron de tal suerte á la extranjera, que, terminada la visita parecíale, que trascurrieran mil años sin poderla devolver.

II.

DESCONFIANZAS Y SOSPECHAS.

Quiso la casualidad que mistress Ana, entrando en la casa del conde de los Laureles, descubriese un rótulo de alquiler en una de las puertas; como había dicho á su agente de viaje que diese vueltas y buscarse una habitación donde pasar tres meses, se paró á lerlo atentamente. Se presentó el portero entonces, y habiéndole preguntado ella por la habitación desocupada, el buen napolitano, que no sabía ciertamente hablar á silbidos, entendió sin más que la señora deseaba visitar el cuarto, respecto del cual había leído el *Se alquila*. Tomando un manojito de llaves, escogió una sobre cuya madera estaba escrito *Piso segundo*, y dijo á la Needle:—Hágame el favor, excelencia; suba conmigo.—La inglesa fué conducida al segundo piso, y no sin asom-